



RECONOCER LO QUE ‘ES’ EN ADOPCIÓN

Por Marta Hermosilla V.

Octubre 2006

RECONOCER LO QUE 'ES' EN ADOPCIÓN

Marta Hermosilla Valencia¹

“Tus hijos no son tus hijos, son los hijos de la vida”
Khalil Gibran

Voy a comenzar contándoles una historia real. Una niña nació y su madre decidió que no podía quedarse con ella y la cedió en adopción. La niña, inconscientemente, decidió no comer. Podríamos decir que sintió que no era querida, que había sido abandonada por la persona que le dio la vida, y decidió no comer, es decir, decidió no 'tomar' la vida, decidió morir. ¿Puede un ser humano recién nacido suicidarse? Al parecer sí. ¿De donde proviene esa decisión de no vida?

Un terapeuta alemán fenomenólogo, Bert Hellinger, ha desarrollado un método que ha llamado Constelaciones Familiares el que permite a una persona ver, literalmente, los lazos que se dan en su familia (actual y de origen) y la forma en que su situación presente está determinada por dichos lazos, especialmente cuando estos obedecen a un amor ciego o a la exclusión de algunas personas de la familia. La constatación de la capacidad que tenemos todos los seres humanos de resonar unos con otros es uno de los aspectos más sanadores y sobrecogedores del trabajo que ha desarrollado Hellinger. En una constelación el que consulta debe plantear su problema en forma sucinta (dice Hellinger que todo problema real puede plantearse en a lo máximo tres frases) y después elige al azar personas del público, pues se trabaja generalmente en grupos, para que 'representen' a las personas de su grupo familiar y a él mismo. Ellas son ubicadas por el consultante de acuerdo a la imagen interna que tenga, o por el terapeuta que dirige, en cierta relación espacial y después ellas, sin saber nada más del problema que lo que ha dicho el que consulta, comienzan a moverse lentamente y a experimentar sensaciones y emociones que no son propias, y que contrastados posteriormente corresponden a las de las personas que representan, estén ellas vivas o muertas. Esta experiencia que muchos califican de extraña, Hellinger la considera normal y la sustenta en el hecho que todos estamos conectados. El dice que “existe una energía que nos une a otros, de quienes sabemos cosas, sin haber oído jamás acerca de ellos”, haciendo referencia al inconsciente colectivo de Jung y a los 'campos morfogenéticos' que postula Sheldrake. Estos son los que Hellinger llama los 'movimientos del alma'.

Éste último postula que la vida de una persona se relaciona directamente con las vidas de sus antepasados y dice que lo que una generación deje de resolver pasará a las sucesivas como una deuda a saldar. Los problemas no resueltos que se transmiten en las familias a lo largo del tiempo, pueden

¹ Psicóloga clínica especialista en adopción.

manifestarse en forma de destinos trágicos, enfermedades graves, trastornos psicofísicos y comportamientos aflictivos.

Han sido llamadas constelaciones familiares porque dentro de un sistema vincular cada integrante tiene su lugar y sus movimientos inciden en el resto. La técnica se basa en el principio de unidad y considera como sistema, el formado por todos los integrantes actuales y pasados de la familia, más todos los que hayan dado o tomado algo de ella, por ejemplo, los parientes políticos, las personas con las cuales uno de los integrantes se ha vinculado afectivamente o el asesino de algún miembro de este sistema familiar.

Cuando se presenta algún problema, ello implica un desorden, un desequilibrio porque se han infringido los 'órdenes del amor' que según Hellinger dentro del sistema tienen la calidad de leyes. A veces, el desorden es producto de la exclusión o del olvido de alguno de sus miembros, o de la compensación inadecuada entre dar y recibir o del juicio de los padres por parte de los hijos o bien de que alguien intenta ocupar el lugar de algunos de los integrantes del sistema familiar para evitarle un dolor.

En la atenta observación de los movimientos internos y externos que se presentan en una constelación familiar, la persona comprende el por qué del conflicto que existe, accede al sistema de lealtades que rige en su familia y a la revelación de secretos que en algunos casos se mantuvieron ocultos durante años y que estarían perjudicando el funcionamiento de uno o más miembros de la familia, mientras no se comprendan y compensen. Hellinger plantea que somos parte de una larga cadena viva que se extiende desde el pasado remoto y hacia el futuro. Al permitir que la energía de nuestros ancestros fluya hasta nosotros, nos nutrimos y con dicha energía podremos avanzar en sintonía con nuestro destino individual y grupal. Hace algunos años la psiquiatra Lola Hoffman, cuando se encontraba enferma, quedó mirando en su casa los cuadros de sus abuelos, y se conectó con la fuerza de ellos, que emanó hacia ella desde su imagen y sus apellidos (que en castellano podían traducirse por arroyo riante y alegría) y sintió un renacer de su energía, mejoró considerablemente de sus males físicos y volvió a trabajar con el entusiasmo que la caracterizaba.

Fue tan grande su entusiasmo que llevó a muchos de sus pacientes a trabajar en mirar las fotos de sus antepasados, con la mente orientada positivamente hacia sus cualidades. Ello tiene una cierta similitud a la tarea que propone Hellinger, de agradecer a los padres, darles la 'honra' por la vida entregada. Éste plantea que los seres humanos necesitamos de la bendición de nuestros padres. Menciona que "estrictamente hablando, el ser humano no viene de los padres, sino a través de los padres. La vida viene de ellos y no sabemos qué es aquello. Al mirar hacia allá, entonces no miramos lo cercano, sino el fondo último, sin darle ningún nombre. Por lo tanto si el hijo se inclina con respeto ante su padre, pidiéndole su bendición, se entrega a esa corriente.

Asimismo la bendición no viene exclusivamente de los padres, sino que llega de lejos, a través de ellos”.

En el caso de la niña de quien comencé hablando, claramente se han transgredido los “órdenes del amor”. La madre, no sabemos por qué razón, pero tiene que ser una muy poderosa, no ha podido hacerse cargo de su hija. La hija ha sufrido un fuerte dolor, un abandono y lo ha traducido en muerte, se inclina hacia el morir. La niña ha sido excluida de su familia de origen, según Hellinger a los excluidos se les niega el honor, la pertenencia o la igualdad de rango. Y en una familia todos los miembros tienen el mismo derecho de pertenencia, el que sólo se pierde, dice él, cuando una persona se convierte en asesino.

Esta niña, que era sana sin que se le descubriera mal alguno, vivió siendo alimentada por una sonda, estuvo hospitalizada hasta los cinco meses y medio, intentándose hacerla comer, sin resultados. No solo no comía sino que su organismo no respondía a la cantidad de alimentos recibidos a través de la sonda. Desde los cinco y medio meses de edad, estuvo al cuidado de una familia voluntaria, compuesta por padres e hijos ya mayores, quienes se encariñaron con ella. Cuando la niña tenía alrededor de año y medio, una pareja del extranjero quiso adoptarla. Los cuidadores se preocuparon por el efecto que el traslado y el cambio de personas podría ocasionar en la niña. Consultaron al respecto y al darse cuenta de los efectos del abandono y considerando lo que sentían por ella, decidieron adoptarla y al llegar a su casa se dirigieron a ella y le dijeron “Bienvenida a tu familia” y en ese mismo momento, la niña comenzó a comer. Creyó lo que le decían y lo comprendió, no a un nivel cognitivo, ya que era demasiado pequeña para entender lo que significaba, sino a un nivel más profundo, corporal. De acuerdo con Hellinger, sería por la pertenencia al ‘Gran Alma’ común a los seres vivos. La decisión de los cuidadores implicó una total aceptación de la niña, con su problema, el tipo de aceptación incondicional que se espera de los padres, y que no operó en el caso de sus progenitores, por el motivo que sea.

Hasta donde yo sé, esta niña tiene ahora unos cinco años y se desarrolla bien, va al colegio, tiene amistades, hace una vida totalmente normal. No ha vuelto a tener problemas para comer.

Hellinger en general tiene reparos frente a la adopción. Considera que tomar o dar un niño en adopción, sin verdadera necesidad, es una gran culpa, una intromisión en determinados órdenes, “el lugar de los hijos es al lado de sus padres”. Considera que la adopción es justificada cuando los padres murieron y el niño es abandonado. Cuando se presiona a una mujer para que entregue a su hijo, cubriendo la necesidad de padres infértiles, dice Hellinger, se comete una gran injusticia: hacia el niño mismo, hacia los padres que se encuentran en una situación de necesidad y son forzados a la cesión y constituye una falta de respeto al propio destino de la persona al no aceptar su realidad de ser infértiles.

El señala que lo anterior se aplica a las adopciones realizadas a la ligera, cuando una persona o una pareja quiere tener un hijo para si mismo, en vez de socorrerlo en su situación de necesidad. Dice que se opone al abuso en la adopción. “Cuando un hijo adoptivo ve que sus padres carnales no le ofrecen ningún apoyo, puede reconocerlos como sus padres, sabiendo sin embargo, que únicamente puede desarrollarse al lado de sus padres adoptivos. Así honra tanto a sus padres carnales como a los adoptivos” (1, pag. 148). Habla Hellinger de las adopciones honrosas y las peligrosas. Considera que si un niño no puede ser criado por sus padres y necesita de otros padres, la primera búsqueda debe dirigirse a los abuelos, lo que facilita la vuelta a los padres si las condiciones cambian. Solo si no se encontrare a nadie en la familia, pueden buscarse a padres adoptivos o de acogida. Dice Hellinger que “el factor decisivo es la actitud de los padres adoptivos. Si realmente actúan con las mejores intenciones para el niño, la adopción tiene buenas posibilidades de salir bien”. Muchas veces los padres adoptivos tienen más en cuenta sus propios intereses, son parejas que se rebelan contra las limitaciones que les impone la infertilidad. Implícitamente piden a niño que les proteja de la desilusión. Ahí quedarían trastornados tanto la orientación fundamental del dar y tomar como el orden de sus relaciones, incluso antes de comenzar éstas.

Lo anterior concuerda con y justifica los esfuerzos de las instituciones, tales como la Fundación San José, de investigar profundamente las motivaciones de las parejas que desean adoptar, el hincapié que se hace en las necesidades de apertura, de no mantener secretos en la adopción, de revelar oportunamente el hecho, y desde su interior, poder agradecer a quienes le dieron la vida al niño, de modo que éste también, cuando vaya creciendo, pueda inclinarse ante sus progenitores, sin juzgarlos, agradeciéndoles dicha vida. Justifica también el trabajo que se realiza con las madres biológicas, al hacerlas meditar sobre su decisión, al ayudarlas a quedarse con el hijo. Ello permite que los padres adoptivos puedan asumir su rol, sin culpas, pues no sólo no se ha hecho presión sobre las madres para que cedan sus hijos, sino que se las ha ayudado a que, en muchos casos, se queden con ellos.

Meditando sobre los diversos problemas que hay que encarar en la familia adoptiva, tanto por parte de los padres como de los hijos, podemos ver la importancia de los planteamientos de Hellinger y obtener de ellos una guía para prevenir conflictos.

Lo primero que se desprende de dichos planteamientos es la importancia de no tener secretos sobre la adopción. Ello implica que el niño debe saber desde muy temprana edad su realidad adoptiva. La actitud interna que los padres adoptivos tengan hacia los progenitores va a ser captada por los hijos: lo que los padres sienten sobre la adopción será lo que los hijos sientan sobre ella. Y aquí no se puede disimular ni decir lo que no se siente. De acuerdo a lo que Hellinger ha comprobado, los seres humanos perciben la realidad, pero si esta realidad es ambigua, si hay en el fondo desdén y prejuicios hacia los padres

biológicos, los hijos lo sentirán, y ello contribuirá a una mala autoestima, a un sentimiento de inferioridad por el abandono y a una mala relación con los padres adoptivos.

Los progenitores son personas a quienes los padres adoptivos debemos agradecer y aceptar junto con tomar y aceptar al hijo. E incluso impetrar su bendición para los niños y para nosotros, que estamos cuidándolos en su lugar.

A algunos padres adoptivos les cuesta reconocer que no son los padres biológicos de su hijo, hay una ilusión en la que es fácil caer, ya que los hijos son tan queridos, que cuesta pensar que fueron engendrados por otras personas y sentir que no son míos o nuestros. Es natural no querer pensar en quienes les dieron la vida, pero el grave problema es que así se procede, sin planearlo, a excluir a los progenitores. En forma total al progenitor hombre, ya que es un hecho comprobado que los hijos adoptivos en general no preguntan por él, y en forma parcial a la progenitora, porque es necesario hablar de ella al contarle al hijo de su adopción, los repollos y la cigüeña están en retirada en nuestra cultura. Y se excluye totalmente al sistema familiar de origen del niño.

Creo que para dar al hijo adoptivo confianza en si mismo, aceptación de su realidad, y que no haya conflictos en ello, es necesario aceptar que ese niño pertenece a dos sistemas familiares, que van a entrelazarse en sus influencias inconscientes sobre su psiquis. Creo que es importante que el hijo aprenda a respetar, a honrar y a no juzgar a sus progenitores, que acepte que él viene a través de personas que no conoce, al igual que todos los seres humanos, que conocemos muy poco de todas las generaciones que nos anteceden, pero que podemos recibir de ellos energía, la fuerza necesaria para vivir en buena forma y necesitamos recibir su bendición.

Trabajando por casi dos décadas con familias adoptivas, he podido constatar que una gran cantidad de problemas proceden de los secretos, de las cosas que se perciben vagamente, pero de las cuales no se habla, incluso es peligroso el dar mensajes con toda buena fe, que después resultan falsos. Recuerdo una señora que adoptó dos niñas, ella era soltera y las convenció que era mejor que ella no estuviera casada pues así podía quererlas más y dedicarles todo su tiempo. Cuando las niñas tenían alrededor de ocho años, ella se reencontró con un viejo amor, y se casó. Las niñas cayeron en una crisis, la madre las había convencido que era mejor que estuvieran las tres solas, y ahora era muy tarde para convencerlas de lo contrario, perdió credibilidad y las niñas sufrieron mucho, y por tanto la madre también. Otro caso que recuerdo es el de una pareja que adoptó dos hijos y les contó que eran adoptados, pero les dijeron que ese era un secreto de familia, y nadie tenía por qué saberlo. En su adolescencia una hija supo que una persona amiga lo sabía, e hizo una fuerte crisis que, aumentada por la edad que tenía, creó graves problema de convivencia y llevó a esta chica a conductas extremas y negativas.

Sólo reconociendo con humildad la realidad de la existencia de padres biológicos, nuestra dependencia de su decisión, nuestro agradecimiento por el don de la vida que ellos le dieron y la bendita tarea que asumimos de cuidar al niño, educarlo, quererlo y recibir su amor, podemos pretender llevar esta misión a un final exitoso, que es el de tener hijos sanos, capaces de amar y trabajar.

REFERENCIAS:

- Hellinger, B., ten Hovel, G. (2000); "Reconocer lo que es"; Editorial Herder, Barcelona.
- Hellinger, B., Bolzman, T. (2003); "Imágenes que solucionan", Editorial Alma Lepik. Buenos Aires.
- Hoffman, L. (1979); Comunicación personal.
- Kalawski, A. (2005); Comunicación personal.
- Lauro, Graciela (2006); "La reconciliación con el origen y el destino"; Editorial Ameba, Buenos Aires.
- Weber, G. (ed)(1999); "Felicidad Dual: Bert Hellinger y su psicoterapia sistémica"; Editorial Herder, Barcelona.